

Ordenación sacerdotal de Patricio Eduardo Sánchez Sánchez

Querido Patricio, en este día en que como Iglesia conmemoramos el martirio de los Apóstoles Pedro y Pablo, eres ordenado sacerdote, fiesta que recuerda a estos dos pilares de la Iglesia, que se entregaron completa y radicalmente a Cristo, hasta dar su vida por Él, y que siempre serán testimonios claros, por una parte, de la fragilidad humana, en la que todos, de una u otra manera, nos vemos representados, y por otra parte, de la gran misericordia de Dios que es capaz de hacer grandes cosas con aquellos a quienes él elige y llama. Pedro y Pablo, probados en su fe, son constituidos por Cristo la roca sobre la cual edificó su Iglesia, en el caso de Pedro (cfr. Mt 16, 18) y apóstol de los pueblos nuevos que aparentemente no estaban entre los herederos de las promesas del Pueblo de Israel (cfr. 2Tim 4, 17). Cristo los hace partícipes del todo especiales de su misión. Por la importancia de estos apóstoles hoy la Iglesia renueva su vocación a la unidad en torno al sucesor de Pedro en nuestros días: el Papa Francisco.

La vocación, como lo dice la misma palabra, es un llamado, que, en caso nuestro, es de parte de Dios. La Palabra de Dios documenta muchos ejemplos de llamados: Abraham, Moisés, Jeremías, otros profetas; y Jesús, el Hijo de Dios, llamó a un grupo de hombres para ser sus apóstoles, entre ellos a quien lo hizo cabeza de grupo, a Pedro, y más tarde llamó a Pablo. Y a seguido llamando a tantos otros y otras, hombres y mujeres, hasta nuestros días. Dios llama a quién quiere, cuando quiere y cómo quiere, con una libertad que no deja de sorprender. Él llama al corazón, esa es la razón que los llamados decimos, haciendo del llamado una experiencia personal, única, especial, intransferible, irresistible, que hace feliz a quien es llamado, lo cautiva, y hace posible la respuesta, a veces con dificultades e incomprensiones. Quienes son llamados son pertenencia especial de Dios; Pedro y de Pablo son ejemplo claro esto: Cristo tomó posesión de cada uno de ellos, les fortaleció su fe, les confió su fe y los envió a anunciar su Evangelio.

Dios llama desde su Pueblo para su Pueblo; siempre es para servicio de su Pueblo, Pueblo que trasciende muchas veces los límites que nosotros pensamos. Dios no llama para servicio propio, sino para servicio de los demás; y en algunos casos, con una misión específica, precisa, clara; en otros casos, para un servicio más general; es una tarea el discernir este aspecto del

llamado. **Referente para este servicio es el mismo Jesús**, *“el cual, siendo de condición divina, no consideró codiciable el ser igual a Dios. Al contrario, se despojó de su grandeza, tomo la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres. Y en su condición de hombre se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz”* (Fil 2, 6 – 8); y vino para todos, sin excepción, pero muestra con sus gestos, sus acciones, sus palabras, un **amor preferencial por los pobres**, por los enfermos, por los marginados, por los que están en las periferias, por los descartados de la sociedad, a tal punto que nos dice a todos, que ahí lo encontraremos a él, que ahí nos encontraremos con él (cfr. Mt 25, 40).

Gratitud. Patricio, tú fuiste llamado por el Señor Dios para ser su servidor, es decir, su Ministro, desde esta porción de su Pueblo para su Pueblo, la Iglesia en Osorno. Y por eso le damos gracias a Dios. Y como Él se vale de personas, de circunstancias, de acontecimientos, para llegar a ti, también nuestro agradecimiento a Dios por todos quienes estuvieron en tu camino y quizás, sin haberlo sospechado siquiera, te ayudaron en tu camino vocacional, posiblemente tu familia, tus formadores, y otros hermanos y hermanas, que quizás sólo tú sabes identificar mejor, que, con su palabra oportuna y amorosa, con su oración humilde y de corazón, con sus consejos con la sabiduría de la experiencia y el buen criterio, cuya base está en los buenos sentimientos, fueron animándote para seguir hasta este paso como es la ordenación. Agradecimiento, entonces, a Dios por tu vocación al sacerdocio ministerial y agradecimiento a todos quienes contribuyeron a que llegues a este día.

La ordenación no es la meta, absolutamente; la ordenación es un paso importante más, público y solemne. **La meta se realizará cada vez que te entregues con fidelidad al llamado de tu Señor al servicio a él en los demás, a ejemplo de Jesús** (cfr. Jn 13,1-5; 12-15), **a ejemplo de Pedro y de Pablo**. Y es ahí – en el servicio por amor - donde debes empeñarte en buscarlo constantemente, *“con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas”* (Mc 12, 30). Porque este camino, querido Patricio, comprende todo el arco de la vida y todos los aspectos de la vida. **En cada aspecto reconoce que vives un proceso**, porque así es (por lo demás, para todo el mundo, otra cosa es que no se quiera reconocer). Eso te ayudará a reconocer el avance, el estancamiento o el retroceso. En primer lugar, estará

tu propia **conciencia**, iluminada, informada, educada por la **Palabra de Dios**, por acción del **Espíritu**, que es sutil, reconfortante, consolador, animador, que actuará en ti toda vez que le abras tu corazón y todo tu ser y toda vez que con tus palabras pidas, des gracias, alabes, bendigas, es decir, con tu **Oración**, que ojalá no dejes de practicar.

Como ministro del Señor, **a través de la imposición de las manos de tu obispo y de tus hermanos sacerdotes, recibirás el don del Espíritu que te constituirá para siempre sacerdote**, para servir a tus hermanos y hermanas, especialmente a través de los sacramentos que son medios excelentes, que el mismo Señor ha querido dejar para servicio de los miembros de su Pueblo amado. Son y serán en tus manos y tu voz fuente de gracia de Dios que administrarás para servicio vital de tus hermanos y hermanas. A través de tus palabras, tus manos y tus gestos **bautizarás** para que otros, en su nombre, sean hijos de Dios; **absolverás** de sus pecados a quienes confiesen a Dios sus pecados dando paso a la reconciliación; con la **unción** llevarás el consuelo y la salud que salva a los enfermos; y celebrarás el **sacrificio del Cordero de Dios en el altar**, haciendo memoria de Él que por todos nosotros y por el mundo entero murió y resucitó, constituyéndose así el servidor por antonomasia, como expresión suprema de la voluntad del Padre. ¡Qué grande y misericordioso el Señor que hace de ti y de todos nosotros sus sacerdotes partícipes de tan grande ministerio para el bien y salvación de todos!

Ministro de la Iglesia para el Pueblo de Dios que se realiza preferentemente en la **comunidad** y que por diversas razones – crisis en la Iglesia, pandemia - se hace **necesario fortalecer con espíritu de renovación**, y que tú como ministro podrás y tendrás el deber de animar. Jesús se escogió una comunidad y primeramente recibieron su mensaje y a ellos encomendó y envió ser portadores de su mensaje; y así lo vivieron los primeros cristianos, depositarios, portadores y misioneros para un mundo nuevo. La vida en comunidad nos caracteriza desde los orígenes: primero los apóstoles y discípulos en torno a Jesús, pero para ser una verdadera comunidad de fe y amor necesitamos renovarnos continuamente. Hace poco, este aspecto, lo hemos recogido como un verdadero reclamo y desafío al elaborar nuestro Plan pastoral diocesano. Seguramente, tú contribuyas a que en esta porción del Pueblo de Dios progrese hacia una auténtica comunidad de fe y amor.

Querido Patricio, tienes lo más precioso en este camino: **la confianza de ser vacacionado por el Señor**, trata de que no sólo te sientas llamado por Él, que ya es fundamental, sino **que Él sea el verdadero tesoro de tu corazón y de toda tu vida, que lo demuestres con tu testimonio y con tus acciones, y con tu servicio como hermano y sacerdote**. La Fe y el Amor, te permitirán mantener y vivir la frescura de tu vocación, con tus características personales, que son muchas, como tu generosidad, tu alegría, tu sentido de responsabilidad, tu sentido del trabajo, tu estima por la liturgia, y tantas otras.

Que el don recibido de parte de Dios esté siempre al servicio del anuncio de la buena noticia de su Reino. Él estará a tu lado y te fortalecerá cuando lo necesites; él nunca te fallará, porque él es siempre fiel. A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

XX

Ordenación sacerdotal de Patricio Eduardo Sánchez Sánchez

Querido Patricio, en este día en que como Iglesia conmemoramos el martirio de los Apóstoles Pedro y Pablo, eres ordenado sacerdote, fiesta que recuerda a estos dos pilares de la Iglesia, que se entregaron completa y radicalmente a Cristo, hasta dar su vida por Él, y que siempre serán testimonios claros, por una parte, de la fragilidad humana, en la que todos, de una u otra manera, nos vemos representados, y por otra parte, de la gran misericordia de Dios que es capaz de hacer grandes cosas con aquellos a quienes él elige y llama.

Pedro y Pablo, probados en su fe, son constituidos por Cristo la roca sobre la cual edificó su Iglesia, en el caso de Pedro (cfr. Mt 16, 18) y apóstol de los pueblos nuevos que aparentemente no estaban entre los herederos de las promesas del Pueblo de Israel (cfr. 2Tim 4, 17). Cristo los hace partícipes del todo especiales de su misión. Por la importancia de estos apóstoles hoy la Iglesia renueva su vocación a la unidad en torno al sucesor de Pedro en nuestros días: el Papa Francisco.

La vocación, como lo dice la misma palabra, es un llamado, que, en caso nuestro, es de parte de Dios. La Palabra de Dios documenta muchos ejemplos de llamados: Abraham, Moisés, Jeremías, otros profetas; y Jesús, el Hijo de Dios, llamó a un grupo de hombres para ser sus apóstoles, entre ellos a quien lo hizo cabeza de grupo, a Pedro, y más tarde llamó a Pablo. Y a seguido llamando a tantos otros y otras, hombres y mujeres, hasta nuestros días. Dios llama a quién quiere, cuando quiere y cómo quiere, con una libertad que no deja de sorprender. Él llama al corazón, esa es la razón que los llamados decimos, haciendo del llamado una experiencia personal, única, especial, irresistible, que hace feliz a quien es llamado, lo cautiva, y hace posible la respuesta, a veces con dificultades e incomprendiones. Quienes son llamados son pertenencia especial de Dios; Pedro y de Pablo son ejemplo claro esto: Cristo tomó posesión de cada uno de ellos, les fortaleció su fe, les confió su fe y los envió a anunciar su Evangelio.

Dios llama desde su Pueblo para su Pueblo; siempre es para servicio de su Pueblo, Pueblo que trasciende muchas veces los límites que nosotros pensamos. **Referente para este servicio es el mismo Señor Jesús**, *“el cual, siendo de condición divina, no consideró codiciable el ser igual a Dios. Al contrario, se despojó de su grandeza, tomo la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres. Y en su condición de hombre se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz”* (Fil 2, 6 – 8); y vino para todos, sin excepción, pero muestra con sus gestos, sus acciones, sus palabras, un **amor preferencial por los pobres**, por los enfermos, por los marginados, por los que están en las periferias, por los descartados de la sociedad, a tal punto que nos dice a todos, que ahí lo encontraremos a él, que ahí nos encontraremos con él (cfr. Mt 25, 40).

Gratitud. Patricio, tú fuiste llamado por el Señor Dios para ser su servidor, es decir, su Ministro, desde esta porción de su Pueblo para su Pueblo, la Iglesia en Osorno. Y por eso le damos gracias a Dios. Y como Él se vale de personas, de circunstancias, de acontecimientos, para llegar a ti, también nuestro agradecimiento a Dios por todos quienes estuvieron en tu camino y quizás, sin haberlo sospechado siquiera, te ayudaron en tu camino vocacional, posiblemente tu familia, tus formadores, y otros hermanos y hermanas, que quizás sólo tú sabes identificar mejor, que, con su palabra oportuna y amorosa,

con su oración humilde y de corazón, con sus consejos con la sabiduría de la experiencia y el buen criterio, fueron animándote para seguir hasta este paso como es la ordenación. Agradecimiento, entonces, a Dios por tu vocación al sacerdocio ministerial y agradecimiento a todos quienes contribuyeron a que llegues a este día.

Pero la ordenación no es la meta, absolutamente; la ordenación es un paso importante más, público y solemne. **La meta se realizará cada vez que te entregues con fidelidad al llamado de tu Señor al servicio a él en los demás, a ejemplo de Jesús** (cfr. Jn 13,1-5; 12-15), **a ejemplo de Pedro y de Pablo**. Y es ahí – en el servicio por amor - donde debes empeñarte en buscarlo constantemente, *“con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas”* (Mc 12, 30). Este camino, querido Patricio, comprende todo el arco de la vida y todos los aspectos de la vida. **En cada aspecto reconoce que vives un proceso**, porque efectivamente es así. Eso te ayudará a reconocer el avance, el estancamiento o el retroceso. Te ayudarán a reconocerte en este proceso tu propia **conciencia**, iluminada, informada, educada por la **Palabra de Dios**; la acción del **Espíritu**, que es sutil, reconfortante, consolador, animador, y que actuará en ti toda vez que le abras tu corazón y todo tu ser y toda vez que con tus palabras pidas, des gracias, alabes, bendigas, es decir, con tu **Oración**, que siempre debes cuidar de practicarla. Es decir, tú mismo y Dios, en tu corazón y en los hermanos, con su gracia, que no debes dejar de pedir.

Como ministro del Señor, **a través de la imposición de las manos de tu obispo y de tus hermanos sacerdotes, recibirás el don del Espíritu que te constituirá para siempre sacerdote**, para servir a tus hermanos y hermanas, especialmente a través de los sacramentos que son medios excelentes, que el mismo Señor ha querido dejar para servicio de los miembros de su Pueblo amado. Son y serán en tus manos y tu voz fuente de gracia de Dios que administrarás para servicio vital de tus hermanos y hermanas. A través de tus palabras, tus manos y tus gestos **bautizarás** para que otros, en su nombre, sean hijos de Dios; **absolverás** de sus pecados a quienes confiesen a Dios sus pecados abriéndose así a la reconciliación y a la paz; con la **unción** llevarás el consuelo y la salud que salva a los enfermos; y **celebrarás la Eucaristía**, el **sacrificio del Cordero de Dios en el altar**, haciendo memoria de Él, que por

todos nosotros y por el mundo entero murió y resucitó, constituyéndose así el servidor por antonomasia, como expresión suprema de la voluntad del Padre. ¡Qué grande y misericordioso el Señor que hace de ti y de todos nosotros sus sacerdotes partícipes de tan grande ministerio para el bien y salvación de todos!

Ministro de la Iglesia para el Pueblo de Dios que se realiza preferentemente en la **comunidad** y que por diversas razones – crisis en la Iglesia, pandemia - se hace **necesario fortalecer con espíritu de renovación**, y que tú como ministro podrás y tendrás el deber de animar. La vida en comunidad caracteriza a los cristianos desde los orígenes: desde los apóstoles y discípulos en torno a Jesús, y los primeros cristianos con los apóstoles y María; pero para ser una verdadera comunidad de fe y amor necesitamos renovarnos continuamente. Hace poco, este aspecto, lo hemos recogido como un verdadero reclamo y desafío al elaborar nuestro Plan pastoral diocesano. Seguramente, tú contribuyas a que en esta porción del Pueblo de Dios progrese hacia una auténtica comunidad de fe y amor.

Querido Patricio, tienes lo más precioso en este camino: **la confianza de ser vacunado por el Señor**, trata de que no sólo te sientas llamado por Él, que ya es fundamental, sino **que Él sea el verdadero tesoro de tu corazón y de toda tu vida, que lo demuestres con tu testimonio y con tus acciones, y con tu servicio como hermano y sacerdote**. La Fe y el Amor, te permitirán mantener y vivir la frescura de tu vocación, con tus características personales, que son muchas, como tu generosidad, tu alegría, tu sentido de responsabilidad, tu sentido del trabajo, tu estima por la liturgia, y tantas otras.

Que el don recibido de parte de Dios esté siempre al servicio del anuncio de la buena noticia de su Reino. Él estará a tu lado y te fortalecerá cuando lo necesites; él nunca te fallará, porque él es siempre fiel. A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

+Jorge Concha Cayuqueo O.F.M
Diócesis de Osorno